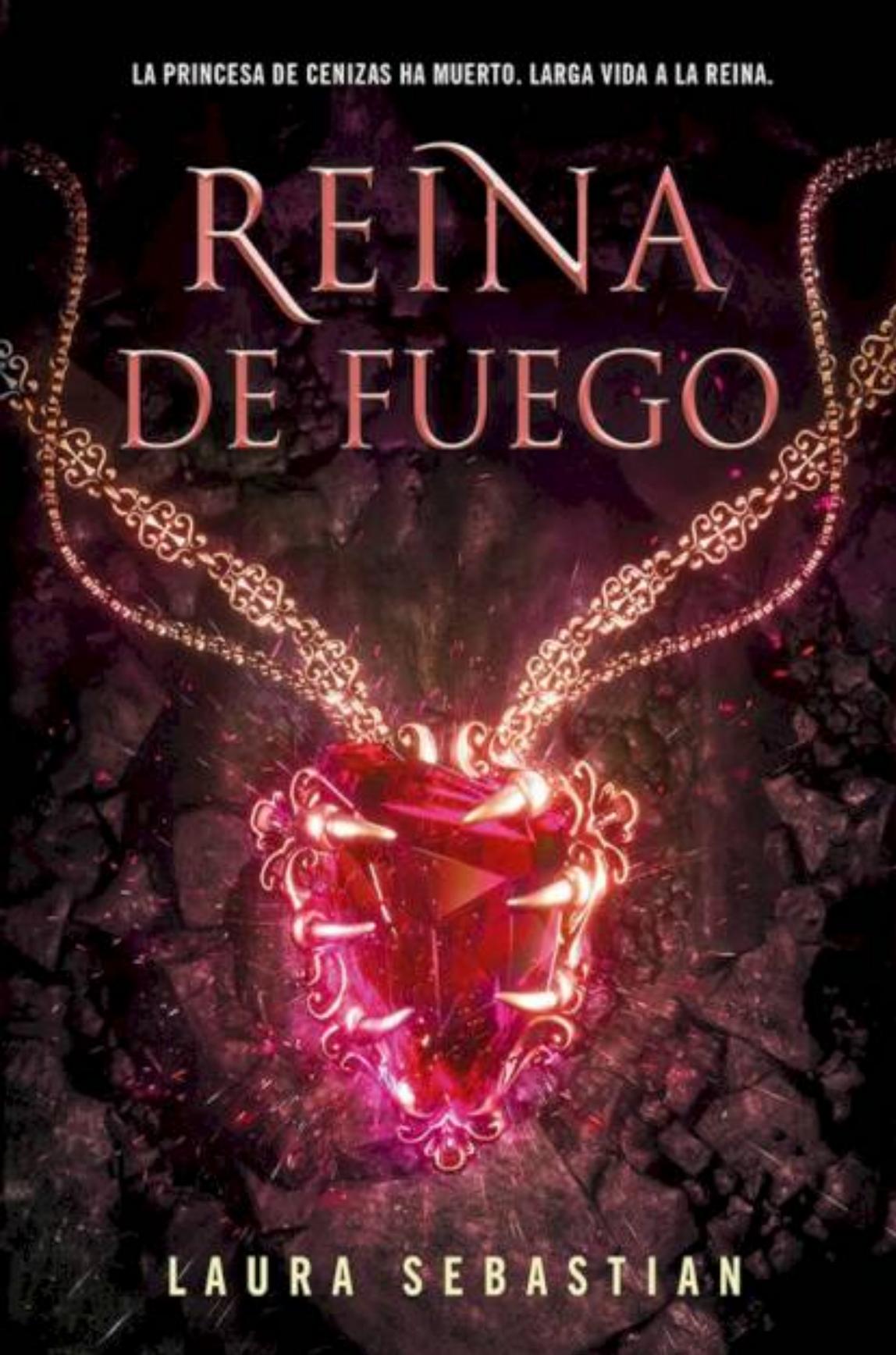


LA PRINCESA DE CENIZAS HA MUERTO. LARGA VIDA A LA REINA.

# REINA DE FUEGO

A glowing red gemstone necklace set against a dark, cracked, volcanic background. The necklace features a large, faceted red gemstone held in an ornate, golden setting. The chain is made of intricate, golden links. The background is dark and textured, resembling cracked lava rock, with some faint, glowing particles scattered around.

LAURA SEBASTIAN

**Princesa. Prisionera. Huérfana. Rebelde.**

**En la batalla final una princesa lucha, pero una reina gana. Llega el desenlace de «Princesa de cenizas».**

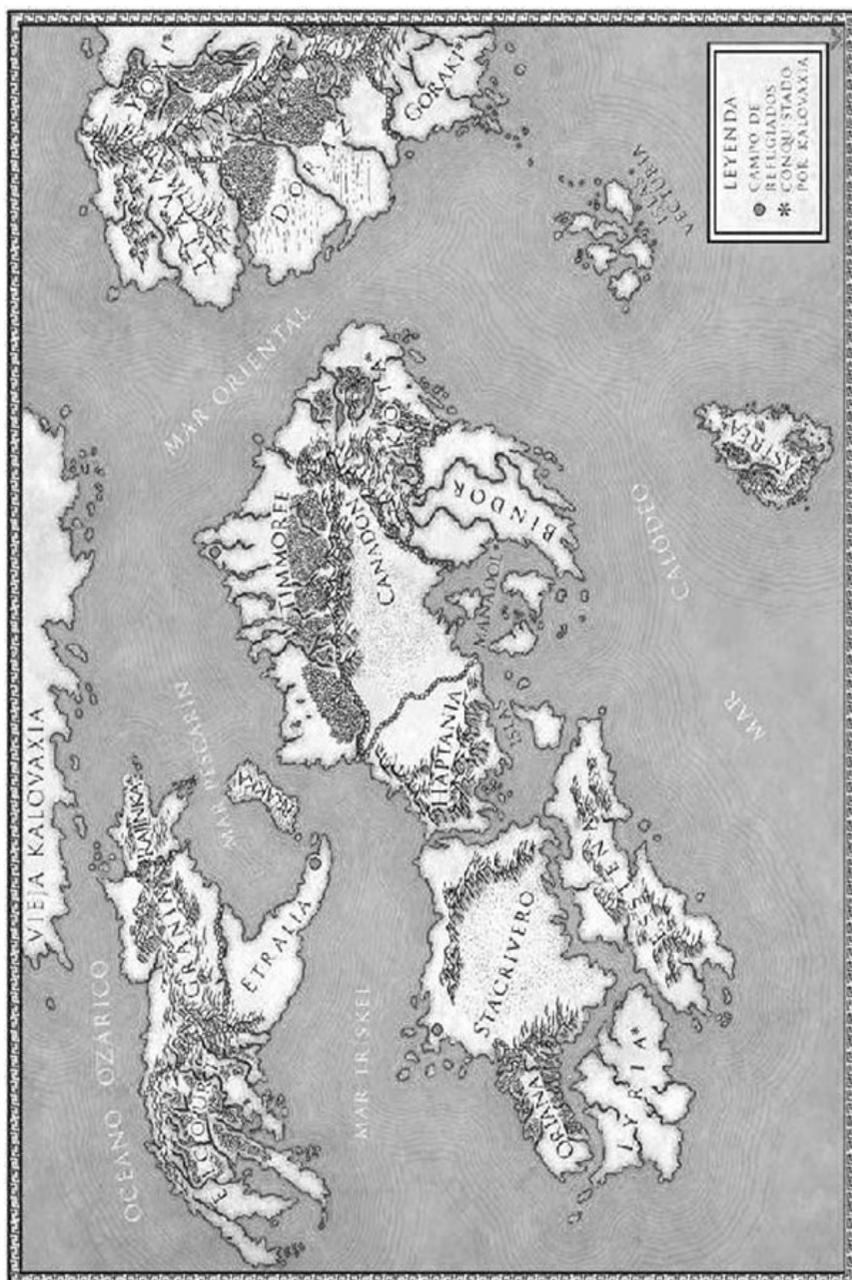
El final de la trilogía en el que se decidirá quién merece el trono. Desde que se puso la corona de cenizas, hay fuego en la sangre de Theo, heredera natural del trono. Y si algo tiene claro es que no va a rendirse.

Después de ser prisionera y fugitiva y de recibir todo tipo de humillaciones por parte del emperador y su corte, llega el momento de la venganza.

Una vez liberada y con un ejército de rebeldes a sus espaldas, Theo tendrá que enfrentarse a una enemiga desconocida hasta el momento: la nueva emperatriz.

¿Cuál es el precio de la libertad?

Dedicado a todas las chicas que no creían ser lo  
bastante fuertes para ser las heroínas de sus  
historias.  
Sí lo sois.





## Prólogo

Durante mis primeros seis años de vida, pasaba una gran parte de mis días aterrorizada por el trono de mi madre, igual que la mayoría de los niños temen que haya monstruos debajo de su cama. Tenía un aspecto aterrador: era alto, de bordes afilados y negro como las sombras, y estaba tallado en forma de llamas oscuras. Recuerdo que estaba convencida de que, si lo tocaba, me quemaría.

Cada día veía a mi madre sentarse en ese trono y creía que la retenía allí, que le clavaba en la piel las garras de obsidiana. Veía cómo, allí sentada, se transformaba en otra persona, en alguien que yo no reconocía. La mujer que conformaba el centro de mi mundo, la madre de voz dulce que me besaba en la frente, me aupaba en su regazo y me cantaba cada noche hasta que me dormía, desaparecía. En ese trono, una desconocida se apoderaba de su cuerpo, una mujer extraña con voz atronadora y la espalda erguida que hablaba de modo cauto y autoritario, sin una sombra de sonrisa en la voz. Cuando el trono por fin la dejaba marchar, estaba exhausta.

Ahora que soy adulta, sé que el trono no era el monstruo que yo creía. Sé que no retenía físicamente a mi madre y que, cuando se sentaba en él, seguía siendo ella misma. Pero también comprendo que, en cierto sentido, no estaba equivocada. Sentada en ese trono, no era la misma persona que cuando estaba alejada de él.

Normalmente, mi madre me pertenecía solo a mí, pero cuando se sentaba en ese trono le pertenecía a todo el mundo.

## La hora de la verdad

Cuando salgo de la cueva tambaleándome sobre mis debilitadas piernas, el sol me ciega. Levanto un brazo pesado y dolorido para protegerme los ojos, pero, solo con ese pequeño esfuerzo, el mundo empieza a dar vueltas a mi alrededor. Me fallan las rodillas y me desplomo en el suelo, que está duro, áspero y lleno de rocas. Me hago daño, pero ¡uf!, qué bien me sienta estar tumbada y llenarme los pulmones de aire fresco; tener luz, por fin, aunque sea demasiada de una vez.

Me noto la garganta muy seca; me duele hasta respirar. Tengo los dedos, los brazos y el pelo embadurnados de sangre. Soy consciente de que debe de ser mía, pero no sé de dónde ha salido. Mis recuerdos están desiertos. Recuerdo entrar en la caverna, recuerdo oír las voces de mis amigos, que me rogaban que volviera. Y después... la nada.

—Theo... —me llama una voz conocida pero muy lejana.

Oigo miles de pasos que golpean contra el suelo; hacen que la cabeza esté a punto de estallarme. Me estremezco y me ovillo más sobre mí misma.

Unas manos me tocan la piel, las muñecas y detrás de las orejas, donde me palpita el pulso. Están frías, me ponen la carne de gallina.

—¿Está...? —dice una voz. Es Blaise. Intento decir su nombre, pero he perdido la voz.

—Está viva, pero tiene el pulso muy débil y le arde la piel —añade otra voz. Heron—. Tenemos que llevarla dentro.

Unos brazos me cogen y me levantan; creo que son los de Heron. Intento hablar otra vez, pero no consigo emitir ni un sonido.

—Art, coge tu capa —dice Heron; su pecho retumba contra mi mejilla con cada palabra—. Tápale la cabeza. Ahora mismo es demasiado sensible a la luz.

—Sí, me acuerdo —responde Art.

Oigo el ruido de la ropa y entonces su capa me cae sobre los ojos y envuelve mi mundo de nuevo en oscuridad. Me permito abandonarme a ella. Estoy con mis amigos, así que estoy a salvo.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, estoy en un catre en el interior de una tienda. Una gruesa tela de algodón blanco filtra el resplandor del sol, así que puedo soportarlo. Las palpitaciones de mi cabeza siguen ahí, pero están más débiles y apagadas. Ya no tengo la garganta seca y en carne viva y, si me concentro, me viene a la mente un recuerdo borroso en el que Artemisia me vierte agua en la boca abierta. Se le ha derramado un poco; la almohada sigue húmeda.

Ahora, sin embargo, estoy sola.

Me obligo a incorporarme y me siento, pese a que eso intensifica el dolor, que se extiende por cada uno de mis nervios. Tarde o temprano, los kalovaxianos volverán, y ¿quién sabe por cuánto tiempo Cress mantendrá a Søren con vida? Hay mucho que hacer y muy poco tiempo para hacerlo.

Pongo los pies descalzos en el suelo de tierra y tomo impulso para levantarme. En ese momento, la tienda se abre y entra Heron, agachándose para pasar por la pequeña abertura. Cuando me ve despierta y en pie, vacila y par-

padea varias veces, como si quisiera asegurarse de que no se lo está imaginando.

—¿Theo? —dice poco a poco, como si probara el sonido de mi nombre.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que entré en la mina? —le pregunto en voz baja.

Él me mira unos instantes.

—Dos semanas.

Las palabras son como un golpe que me hace retroceder. Me vuelvo a sentar en el catre.

—Dos semanas —repito—. Me han parecido horas, o días, como mucho.

Heron no parece sorprendido. ¿Por qué iba a estarlo? Él pasó por lo mismo.

—¿Recuerdas haber dormido? —me pregunta—. ¿O comido, o bebido? Debes de haberlo hecho en algún momento o estarías en mucho peor estado.

Niego con la cabeza, intentando hallar esos recuerdos, pero muy pocos de ellos toman forma sólida y no consigo retenerlos. Retazos, detalles, fantasmas que no pueden ser reales, fuego fluyendo por mis venas. Nada más.

—Deberíais haberme dejado aquí —le digo—. Dos semanas... El ejército de Cress podría volver en cualquier momento, y Søren...

—Está vivo, según sabemos —me interrumpe—. Y los kalovaxianos no han recibido órdenes de volver por aquí.

Lo miro fijamente.

—¿Cómo sabes todo eso?

Se encoge de hombros.

—Espías —contesta, como si fuese una respuesta obvia.

—No tenemos espías —digo poco a poco.

—No los teníamos. Pero nos enteramos de que el nuevo theyn estaba en su casa de campo, a dos días a caballo de aquí, y conseguimos reclutar a varios de sus esclavos antes de que volvieran a la capital. Acabamos de recibir su primera misiva: el theyn todavía no ha ordenado a sus tro-

pas que vuelvan. Además, la mayoría de nuestro ejército se ha ido. Solo quedamos Blaise, Artemisia, Erik, Veneno de Dragón, yo y un grupo de gente que todavía se está recuperando de la batalla. Pero dentro de un día o dos, Veneno de Dragón se los llevará a un lugar seguro también a ellos.

Apenas le presto atención, todavía estoy intentando hacerme a la idea de que tenemos espías. Solo puedo pensar en Elpis, en lo que ocurrió la última vez que convertí a alguien en un espía.

—Yo no he aprobado el uso de espías —protesto.

—Entraste en la mina el día antes de que trazáramos el plan —responde él con voz firme—. No estabas para aprobar nada, y no teníamos tiempo de esperar a que volvieras. Si es que volvías.

La réplica se me desvanece en la garganta.

—Si mueren...

—Habrá sido un riesgo necesario —insiste—. Ya lo sabían cuando se prestaron voluntarios. Además, la kaiserina no está tan paranoica como el káiser, según tenemos entendido. Cree que estás muerta y que nosotros no somos una amenaza, y tiene a Søren. Cree que ha ganado y está empezando a ser descuidada.

La kaiserina. ¿Llegará el día en que oiga ese título y piense en Cress en lugar de en la kaiserina Anke?

—Has dicho que nuestro ejército se ha ido —le digo—. ¿Adónde?

Heron exhala profundamente.

—Te has perdido más de una disputa durante tu ausencia... Casi te envidio. El jefe de Vecturia ha mandado a su hija Maile para que nos ayude, junto a sus tropas. Ahora que Søren ya no está con nosotros, Erik y ella son los que tienen más experiencia en el campo de batalla, pero no se ponen de acuerdo en nada. Erik quiere marchar directo hasta la capital para conquistar la ciudad y rescatar a Søren.

—Eso es una insensatez —respondo, negando con la cabeza—. Es exactamente lo que esperan que hagamos y,

aunque no fuera así, tampoco tenemos bastantes soldados para mantener un asedio de esa envergadura.

—Eso es justo lo que dijo Maile —repite Heron, negando con la cabeza—. Ella quería que fuésemos directamente a la mina de Tierra.

—Pero no es posible hacer eso sin pasar junto a las ciudades más pobladas, y no contamos con la protección de los bosques o las montañas. Sería imposible pasar por allí sin que nos vieran y, cuando llegáramos a la mina de Tierra, Cress tendría allí un ejército esperando para darnos la bienvenida.

—Y eso es justo lo que dijo Erik. ¿Ves? Ya te has puesto al día.

—Entonces ¿quién ganó?

—Nadie. Se decidió que enviaríamos tropas a las ciudades que hay a lo largo del río Savria. Ninguna de ellas está muy poblada, pero allí podremos contener a los kalovaxianos, liberar a sus esclavos y aumentar así las filas de nuestro ejército. También podremos recolectar armas y comida y, lo más importante, de ese modo, nuestras tropas no se quedarán aquí plantadas, donde son un blanco fácil.

—Que es como estamos ahora. Eso es lo que quieres decir —respondo mientras me froto las sienes. Esta vez, el dolor de cabeza que empiezo a acusar no tiene nada que ver con haber pasado semanas en la mina—. Y supongo que ahora me corresponde a mí deshacer el empate.

—Más tarde. Cuando seas capaz de andar sola.

—Estoy bien —protesto, con más energía de la cuenta.

Heron me observa con recelo. Abre la boca, pero vuelve a cerrarla enseguida y dice que no con la cabeza.

—Si quieres preguntarme algo sobre la mina, que sepas que no me acuerdo de nada —me adelanto—. Lo último que recuerdo es entrar... Después está todo borroso.

—Ya te acordarás, con el tiempo. Para bien o para mal. Pero yo nunca quiero hablar de mi experiencia, así que he dado por sentado que tú sentirías lo mismo.

Trago saliva y aparto ese pensamiento de mi mente. Es un problema para más adelante; de hecho, ya tengo suficientes problemas.

—Pero hay algo que te preocupa —insisto—. ¿De qué se trata?

Sopesa la pregunta unos instantes.

—¿Ha funcionado?

Primero no sé a qué se refiere, pero, de repente, lo recuerdo: la razón por la que entré en las minas, el débil poder que yo tenía antes sobre el fuego, un efecto secundario del veneno de Cress. Entré en la mina para reclamar mi poder, con la esperanza de adquirir el suficiente para enfrentarme a ella cuando llegue el momento.

¿Habrá funcionado? Solo hay una forma de descubrirlo.

Levanto la mano izquierda con la palma hacia arriba e invoco el fuego. Antes incluso de estirar los dedos, siento el calor que me palpita bajo la piel, más fuerte de lo que nunca lo había sentido. Cuando lo invoco, acude con facilidad, como si fuera parte de mí, como si siempre estuviese acechando desde justo debajo de la primera capa de piel. El fuego brilla más que antes, arde más que antes, pero es más que eso. Para mostrárselo, lo lanzo al aire y lo mantengo allí, suspendido pero vivo, refulgente. Heron abre unos ojos como platos pero no dice nada; yo levanto la mano y la flexiono. La bola de fuego imita mis movimientos, se convierte ella misma en una mano. Cuando muevo los dedos, repite cada uno de los gestos. Cierro el puño y ella hace lo mismo.

—Theo... —me dice con un ronco susurro—. Vi hasta dónde llegaban los poderes de Ampelio cuando me entrenó. Él no podía hacer eso.

Trago saliva, cojo la llama de nuevo y, con la mano, la apago y la convierto en cenizas.

—Heron, si no te importa... —le digo, con la mirada fija en el pigmento oscuro que me mancha la piel, como hacía la corona de cenizas—. ¿Sigue aquí Mina? Es...

—La curandera —me interrumpe, asintiendo—. Sí, sigue aquí. Está ayudando con los heridos. Voy a buscarla.

Cuando se va, me sacudo la ceniza de las manos y dejo que caiga a la tierra.

Cuando Mina entra en la tienda, ya me he acostumbrado a estar de pie otra vez, aunque todavía no siento que mi cuerpo sea del todo mío. Cada movimiento, cada respiración, me supone un arduo esfuerzo; me duelen todos los músculos. Mina debe de darse cuenta, porque me mira y esboza una sonrisa cómplice.

—Es normal —afirma—. Cuando salí de la mina, la sacerdotisa me dijo que los dioses me habían roto en pedazos y me habían creado de nuevo. Eso parecía resumir bastante bien cómo me sentía.

Asiento y me acomodo de nuevo en el catre.

—¿Cuánto dura? —le pregunto.

Se encoge de hombros.

—A mí el dolor me duró un par de días, pero depende. —Hace una pausa y me mira—. Lo que hicisteis fue una increíble insensatez. Entrar en la mina cuando ya poseáis cierto poder... Cuando ya eras una olla medio llena... Estabais pidiendo el mal de la mina a gritos. Sois consciente de ello, ¿verdad?

Bajo la vista. Hacía tiempo que nadie me reprendía así, alguien preocupado por mi bienestar. Busco entre mis recuerdos quién fue la última persona; bien podría haber sido mi madre. Aunque supongo que Hoa también lo hacía, a su manera, sin palabras.

—Sí, sabía a qué me arriesgaba —contesto.

—Sois la reina de Ástrea —continúa, como si yo no hubiese dicho nada—. ¿Qué habríamos hecho sin vos?

—Habríais persistido —respondo, esta vez en voz más alta—. Solo soy una persona. Perdimos más en la guerra y

mucho más en el asedio, mi madre incluida. Siempre persistimos. No habría supuesto ninguna diferencia.

Mina me mira fijamente y con calma.

—Fue una insensatez de todos modos —insiste—. Pero supongo que también una muestra de valentía.

Me encojo de hombros de nuevo.

—Fuera lo que fuese, ha funcionado.

Le enseño lo mismo que le he enseñado a Heron, que no solo puedo invocar el fuego, sino también convertirlo en una extensión de mi propio ser. Mina me observa con los labios apretados y no dice ni una palabra hasta que termino y vuelvo a esparcir la ceniza por el suelo.

—Y habéis dormido —observa, hablándose más a sí misma que a mí.

—Como un tronco, según me han dicho —respondo secamente.

Da un paso hacia mí.

—¿Puedo tocaros la frente? —me pregunta.

Asiento y ella me pone el dorso de la mano sobre la piel.

—No estáis caliente —observa.

Alarga una mano y acaricia el único rizo blanco que salpica mi melena caoba.

—Ya lo tenía antes —le aclaro—. Se puso así después de que tomase el veneno.

Asiente.

—Me acuerdo. No es como el pelo de la kaiserina, ¿verdad? Supongo que es gracias a Artemisia. Si no hubiese usado su don tan rápido para contrarrestar el veneno, os habría afectado mucho más. Si no os hubiese matado en ese preciso instante, la mina lo habría hecho, sin duda.

—Tú no viste a Cress... A la kaiserina con tus propios ojos —digo, cambiando de tema—. Pero a estas alturas ya debes de haber oído historias sobre su poder.

Mina piensa su respuesta.